

za de los lugares, que así las aves como los peces buscan para conservación de su salud. En un cierto paraje de Portugal, vecino á la mar, que se llama nuestra Señora do Cabo, se junta por el mes de setiembre una gran muchedumbre de diversas avechillas, para pasar en Africa, á tener allí el invierno mas templado. Y por esta ocasion acuden allí los cazadores, y con poca industria toman gran número dellas. Y es cosa para notar, que como buenos y fieles compañeros se esperan unas á otras para hacer juntas aquella jornada. Y pasado el invierno, huyen de los calores de Africa, y vuelven á los aires mas templados de España.

Lo mismo hacen en su manera muchas diferencias de peces en la mar, mudando lugares, especialmente cuando van á desovar; porque para esto son necesarios mares, y cielos, y aires mas benignos. Y para esto se juntan y concurren de diversas partes muchas diferencias de peces, y todos caminan juntos, como un grande ejército, y van al mar Euxino, que está á la banda del norte, para pasar allí ellos con sus hijos el verano mas templado. Sobre lo cual exclama Sant Ambrosio diciendo (d): ¿Quién enseñó á los peces estos lugares y estos tiempos, y les dió estos mandamientos y leyes? ¿Quién les enseñó esta orden de caminar, y les señaló los tiempos y términos en que habian de volver? Los hombres tienen su emperador, cuyo mandamiento esperan, y él envía sus edictos y provisiones reales, para que toda la gente de guerra se junte tal dia en tal lugar: y con todo esto muchos de los llamados faltan. Pues ¿qué emperador dió á los peces este mandamiento? ¿Qué maestro les enseñó esta disciplina? ¿Qué adalides tienen para andar este camino sin errar? Reconozco en esta obra quién sea el emperador, el cual por disposicion divina notifica á los sentidos de todos estos animales este su mandamiento, y sin palabras enseña á los mudos la orden desta disciplina, porque no solo penetra y llega su providencia á las cosas grandes, sino tambien á las muy pequeñas. Hasta aquí Sant Ambrosio.

El mismo Sancto (e) refiere otra cosa memorable, con la cual se declara mas esto que acabamos de decir, que es no haber cosa tan pequeña, que esté privada deste beneficio de la divina Providencia. Dice pues él, que el erizo de la mar, que es un pequeño pececillo, en tiempo de bonanza, por el instinto que le dió el Criador, conoce que ha de haber tormenta, y así se repara para ella. Mas ¿de qué manera? ¡Oh maravillosa virtud del Criador! Lástrase en este tiempo tomando una piedra en la boca para que no puedan tan fácilmente las ondas jugar con él de una parte á otra. Lo cual viendo los marineros, entendiendo por este pece lo que por sí no alcanzaban, se reparan ellos tambien, y aperceben las áncoras con todo lo demas para contrastar á la tormenta. Pues ¿qué matemático, qué astrólogo, qué caldeo puede así conocer el curso de las estrellas y los movimientos y señales del cielo como este pececillo? ¿Con qué agudeza de ingenio alcanzó esto, ó de qué maestro lo aprendió? ¿Quién fué el intérprete de este agüero? Muchas veces los hombres por las mudanzas de los aires adivinan la de los tiempos, y muchas veces se engañan: mas este erizo nunca se engaña, ni son falsas las señales que lo mueven. Pues ¿por qué via alcanzó este pece tanta sabiduría, que adivine las cosas venideras? Pues cuanto este animalillo es mas vil, tanto mas nos declara que

(d) Ambr. lib. 5. cap. 10. (e) Eod. lib. cap. 9.

este conocimiento le fué dado por la divina Providencia. Porque si ella es la que viste con tanta hermosura las flores del campo, si ella dió aquella tan grande habilidad á las arañas para tejer su tela, ¿qué maravilla es haber dado á este pececillo conocimiento de lo que está por venir? Porque de ninguna cosa se olvida, ninguna hay que no provea. Todo lo ve aquel que todo lo provee. Todas las cosas hinche de su sabiduría, el que todas las hizo con summa sabiduría. Lo dicho es de Sant Ambrosio.

Bien sé que las aves tambien adivinan las tormentas: porque los cuervos marinos y las gaviotas, que huelgan naturalmente con el mar alto, adivinando la tempestad, como este erizo, se acogen á la playa, donde están mas seguras. Y las garzas tambien que huelgan con las lagunas de agua (de cuyos peces se mantienen), barruntan las grandes lluvias y tempestades del aire, de las cuales se libran volando sobre las nubes, donde está el cielo y aire sereno. Mas con todo esto hice mas caso del ejemplo deste erizo; porque cuanto este pececillo es mas vil, y mas artificioso el medio por donde se repara, tanto mas nos descubre la sabiduría y providencia del Criador: el cual quiere que en todas las cosas le veamos, y reverenciamos, y glorifiquemos, como lo hacen aquellos espíritus soberanos, que perpetuamente están alabando al Criador, diciendo que los cielos y la tierra están llenos de su gloria; porque todo cuanto en ellos hay, son obras de sus manos, testigos de su gloria, predicadores de sus alabanzas, y todas nos descubren la bondad, y sabiduría, y providencia suya, la cual es tan universal y tan perfecta, que á ninguna criatura por pequeña que sea falta; con lo cual nos convidan á amar, servir y glorificar al que por tantas vias se nos quiso dar á conocer.

## CAPITULO XVI.

De las habilidades y armas que los animales tienen para defenderse.

Dicho de la cura de los animales, síguese que digamos de las armas y habilidades que tienen para defenderse. Porque todos ellos generalmente tienen armas ofensivas y defensivas, y otras artes ó habilidades, que les sirven de armas, no de una manera, sino de muchas y diversas. Porque á unos proveyó el Criador de uñas, dientes, y picos revueltos; á otros de pezuñas, como las que tienen los caballos; otros tienen armas defensivas, como son las de algunos que tienen los cueros tan duros, que apenas los pasará un dardo; otros tienen conchas, como las tortugas y galápagos, y algunas serpientes, y dragones, y ballenas, y otras grandes bestias de la mar. Tales son las conchas de aquella gran bestia, que la Escritura llama Leviatan, cuyas armas tan particularmente describe en el libro de Job (a) el mismo Señor que se las dió, diciendo: Su cuerpo es como un escudo de acero guarnescido con escamas tan juntas unas con otras, que ni un poco de aire entra por ellas. No hace mas caso del hierro, que de las pajas; ni del acero, que de un madero podrido. No lo hará huir ningun balletero, y las piedras de la honda son para él una liviana arista, y los golpes del martillo son para él una paja liviana, y él hará burla de la lanza que viene por el aire blandiendo. Estas y otras armas dió el Criador á esta bestia fiera que allí nos representa, para mostrar, así en las cosas grandes como en las pequeñas, la grandeza de su poder y sabiduría.

(a) Job. 41.

Mas en cuerpo pequeño son de extrema admiracion las armas defensivas que dió á la langosta de la mar y al lobagante (porque estos nombres tienen en Portugal). Están estos peces vestidos de un arnes tranzado, hecho de una concha dura, y este tan perfectamente acabado, que en todas las herrerías de Milan no se pudiera hacer mas perfecto. Solos los ojos era necesario estar descubiertos para ver: mas encima de cada uno está por guarda una como punta de diamante labrado, para que nadie pueda llegar á ellos sin su daño. Y tiene mas otra ventaja á nuestros arneses, que es estar la concha de encima sembrada de abrojos y puntas agudas, para que ningun pece le pueda morder, sino lastimándose la boca. Y porque era necesario tener algun secreto lugar por donde despidiesen los excrementos, para esto tienen una compuerta tan ajustada y tan apretada, que ningun agua pueda entrar por ella. Y porque estas armas eran pesadas para la lijereza del nadar, suplió el Criador esta falta con darles doce remos, seis por banda, con los cuales maravillosamente cortan las aguas y nadan. Ni porque les dió estas armas defensivas, les negó las ofensivas; porque tienen dos brazos con dos tenazas al cabo dellas, que ellos abren y cierran á su voluntad, y con ellas prenden lo que quieren. Y porque nada les faltase de lo necesario, las dos piezas destas tenazas ó garras no son lisas, sino á manera de sierra tienen sus dienteillos, para que el pece que prendieren, no pueda escaparse dellas. Y con estas garras llegan el manjar á la boca, y comen de la manera que comemos nosotros, sirviéndose de las manos para esto: lo cual ninguno de los peces, ni aun de los otros animales hace (quitados los ximios aparte), porque todos los otros se sirven de sola la boca para comer ó pascer; mas este llega con las manos el manjar á la boca: lo cual vemos cada dia (no sin admiracion) en los cangrejos, que como son semejantes á ellos, comen de la misma manera.

Estos son los modos de que el Criador proveyó á muchos de los animales, así para cazar, como para se defender. Mas á los que no dió armas, dió lijereza para huir de los enemigos, como al ciervo, al gamo, y á la liebre. A otros dió singulares artes é industrias para escapar de los peligros, y dejar burlados sus adversarios y perseguidores, como á las raposas, que saben mil mañas para escapar, y no ménos á la liebre, que unas veces hurta el cuerpo al galgo que la persigue, otras con mayor artificio, cuando ve el enemigo cerca, levanta polvo con los piés para le cegar y hacer perder el tino. Mas ¿qué hace cuando ve caer el águila sobre sí? Tampoco le falta para esto industria, porque se empina sobre los piés, y levanta las orejas cuanto puede, y como el águila caza de vuelo, acomete á la parte del cuerpo que ve mas levantada; entónces ella incontinentemente la baja, y así escapa, venciendo por arte la fuerza del perseguidor, y mostrándonos por experiencia lo que dijo el Sabio (b): Mas vale la sabiduría que las fuerzas, y el varon prudente que el esforzado. Y en otro lugar (c): La ciudad del fuerte escaló el sabio, y destruyó toda la fuerza de su confianza.

Tiene tambien otra industria este animal, y es que entra de salto en la madriguera, por no dejar rastro para que se sepa su casa. Y de otra industria semejante usan tambien los animales fuertes y armados. Porque el oso, para que no se halle el lugar de su morada, usa deste

(b) Sapient. 6. (c) Prov. 21.

artificio, que entra en ella volviéndose boca arriba, y andando de espaldas para no dejar señal de la huella de sus piés. Mas el leon le vence aun en esta industria; porque anda hácia atras, y á una parte y á otra, ya hácia bajo, ya hácia arriba, y parte desta huella cubre con polvo, para que con esta confusion de caminos, deje tambien confuso al cazador, para que no sepa atinar á do él mora y cria sus hijuelos. Pues si los fuertes se ayudan de arte é industria, ¿qué harán los flacos que no tienen otras armas? Así la perdiz no entra de vuelo en el nido, porque no sea conocido, sino mucho ántes cae en tierra, y andando llega á él.

Finalmente, á todos estos animales desarmados proveyó el Criador de temor, el cual es madre de la seguridad. Porque este los hace andar solícitos huyendo de los lugares peligrosos, y buscando los seguros, como hacen los ciervos y gamos, que andan por los altos riscos y despeñaderos, levantadas las cabezas, para ver y oler cualquier cosa que los pueda dañar. Con lo cual tambien nos enseñan, que no ménos está la seguridad de nuestras ánimas en el temor de Dios, que la de sus cuerpos en el temor de los peligros. Por esto dice Salomon (d), que es bienaventurado el hombre que siempre vive temeroso; porque este temor lo hace solícito para hurtar el cuerpo á todas las ocasiones de los peligros. Y el Eclesiástico (e): Guarda, dice, el temor de Dios, y envejecete en él. Quiere decir: aunque seas criado viejo en la casa de Dios, y sea muy antigua y probada tu virtud, no por eso pierdas la compañía del temor.

## §. I.

Del elefante, y industria en pelear de otros animales.

Cosa es de grande admiracion la que escribe Solino del elefante (f), el cual, viéndose muy apretado de los cazadores, quiebra los colmillos y déjalos en tierra para que dándole el marfil que ellos buscan, le dejen con la vida, redimiendo su vejacion con una parte de su cuerpo para conservar el todo. Y el mismo autor, capítulo veinte y tres, dice otra cosa semejante á esta de otro animal, que en latin se llama castor, al cual parece que se derivó el nombre de castrado; porque este se castra con sus dientes, cuando se ve muy acosado y perseguido de los cazadores, dejando en tierra aquella parte de su cuerpo que ellos buscan, porque lo dejen de perseguir. Estas cosas parecerán increíbles á los que no miran mas que á las habilidades que se pueden esperar de un animal: mas quien considerare que la divina Providencia gobierna los animales, y les da inclinaciones y naturales instintos para todo lo que conviene á su conservacion y defension, nada desto tendrá por increíble. Porque si dijimos que la divina Providencia suple en todos los animales la falta que tienen de razon, dándoles inclinaciones é instintos para que con ellos hagan lo que hicieran si la tuvieran, y vemos que todos los hombres que la tienen, consienten que se les corte un brazo, ó una pierna por conservar la vida, no es cosa increíble querer perder estos animales una parte de su cuerpo por la misma causa.

Tampoco será increíble lo que diré de la pelea que tienen entre sí el elefante y el unicornio sobre los pastos. Porque el unicornio, que tiene sobre la nariz un cuerno tan duro como hierro, habiendo de entrar en el desafio con el elefante, que es mucho mayor que él,

(d) Prov. 28. (e) Eccl. 2. (f) Cap. 38.

confiado en sus armas se apercibe para la pelea, aguzando aquel cuerno en una piedra para herir mejor con él. Y entrando en campo, como es mas pequeño que su contrario, métese debajo de la barriga, y con una estocada que le da con este cuerno, lo mata. Mas si por ventura yerra el golpe, el elefante, que es de mayores fuerzas, lo hace pedazos. Y con todo eso el elefante por la ventaja que reconoce en las armas del enemigo, le teme grandemente. Sabida es y muy notoria en el reino de Portugal la pelea que hubo entre estos dos animales, en tiempo del Serenísimo rey Don Manuel. En la cual tuvo tan gran miedo el elefante á esta bestia, que determinó de valerse de sus piés huyendo. Y no viendo camino abierto para esto sino una gran ventana, que tenia una reja de hierro, dió en ella con tan grande ímpetu, que la derribó y por ella escapó. Esta es la verdad desta historia, y engañáanse los que la escribieron de otra manera.

Muy notoria es á los cazadores la pelea de los halcones con las garzas; mas no todos saben filosofar y contemplar la sabiduría del Criador, así en esta como en otras cosas. Es tan apacible esta caza, que muchos señores gastan mas de lo que sería razon en ella, sin acordarse que todo este gusto que compran con tan caro precio y cansancio, es querer gozar y ver las habilidades que la divina Providencia puso en estas aves: en las unas para acometer valerosamente, y en las otras para defenderse sabiamente. Suelen pues los halcones contra esta ave: de los cuales unos no son mas que peinadores que la repelan, y otros matadores, que son los que la matan. Donde acaece una cosa de admiracion, y es, que en soltando de la mano el matador que está muy lejos della, adivina que aquel es el que la ha de matar, y luego comienza á graznar, y hacer el sentimiento que puede, por su muerte vecina. Y no por esto desmaya, ni deja de hacer cuanto puede para escapar con la vida. Y para esto hace otra cosa de no menor admiracion. Porque sintiendo que la carga del mantenimiento le es impedimento para volar, vomítalo, y descárgase dél, de modo que ven los cazadores los pececillos que ella habia comido, caer en tierra. Llegada pues la hora del postrer combate, cae como un rayo el halcon sobre ella; mas á ella no falta industria y armas para defenderse; porque revuelve el pico hácia arriba entre las alas, y si el halcon no es muy diestro, cuanto mas furioso viene á dar en ella, tanto corre mayor peligro de enclavarse en el pico della: y con esto acaece morir el que venia á matar, y pagar con su muerte la culpa de su osadía. Otras veces usa de otra industria, que es acogerse á alguna laguna de agua, si acaso la halla; porque el halcon es temeroso del agua, y así se guarece. Mas ¿quién enseñó á esta ave tantas artes é industrias? Quién la dijo que el halcon era temeroso del agua para acogerse y asegurarse en ella de su enemigo? Quién la hizo adivinar entre muchos halcones que le persiguen, el que la ha de matar, y esto en soltándolo de la mano? Quién le enseñó el alivianarse, despidiendo el manjar comido para volar mas ligero? Quién le enseñó esperar el golpe del enemigo con la punta del arma que el Criador le dió, que es como si dijese, si habeis de llegar á mí, ha de ser por la punta de la espada? Todas estas son obras de la divina Providencia, que no quiso dejar esta ave del todo desamparada de las armas é industrias necesarias para defenderse de su enemigo, y proveer con esto de una noble y honesta recreacion á los reyes y grandes señores. Mas á ellos

pertenece cuando en esto se recrean, levantar los ojos al Criador, cuyas son estas cosas que los recrean y ejercitan, y proveer tambien que no se entreguen tanto á esto, que se olviden de las obligaciones de su estado y oficio: como se escribe del rey Antioco, cuyos vasallos se quejaban dél, que por darse mucho á la caza, no acudia á los negocios del reino.

Quiere nuestro Señor mostrarnos la grandeza de su sabiduría en infinitas diferencias de medios que ordena para un mismo fin. ¿Quién pensara que hay especies de yerbas que ayudan á pelear? En la huerta de un monasterio nuestro parecia á veces un escorpion; y un gato grande y animoso determinó pelear con él. Para lo cual se apercibió con la ruda, revolcándose mucho en ella. Y armado y confiado en estas armas vase á buscar al enemigo. Estando un religioso dende la ventana de su celda mirando este combate. Y despues de muchos encuentros de parte á parte, finalmente el gato tomando el escorpion entre las uñas en el aire, lo despedazó y mató.

A este propósito se cuenta otra cosa mas admirable. Hay en la isla de Ceylan unas culebras grandes que llaman de capelo, porque tal parece su cabeza y pescuezo: las cuales son tan ponzoñosas que en veinte y cuatro horas matan. Mas la divina Providencia, que para todas las cosas ordenó remedio, proveyó que en esta isla nasciese un árbol que sirve de triaca contra esta ponzoña. Porque solo el olor dél, y el vaho de quien lo ha comido, adormece esta bestia y la enflaquece. Por lo cual queriendo un animalejo de la hechura de una comadreja pelear con esta culebra, hártase de las hojas deste árbol, y avahándola con este olor, la adormece, y así prevalece contra ella. Usa tambien de otra singular industria, porque hace dos puertas en su madriguera, una boquianga y otra angosta, y en la pelea huye á esta madriguera por la boca ancha, por donde entra la culebra en su alcance; mas entrando mas adentro, con la fuerza que lleva viene á embarazarse en la estrechura del agujero, dejando medio cuerpo fuera dél. Entónces el animalejo saliendo apriesa por la otra boca estrecha, salta sobre la culebra y córtala por el lomo. Aquí tenemos otro ejemplo de cuánto mas vale la industria que la fuerza, y otro argumento de cómo la divina Providencia no dejó cosa por pequeña que fuese, sin armas y sin remedio. Porque, ¿qué cosa mas vil y despreciada que un caracolillo? Este carece de ojos, mas no carece de armas defensivas; porque en lugar dellos tiene dos cornecicos muy delicados y muy sensibles, con los cuales tienta y siente todo lo que le puede ser dañoso. Y topando con alguna cosa que le sea molesta, luego se encoge y retrae en su casica, que es el reparo y acogida que le dió el que lo crió, conforme á su pequeñez.

## §. II.

De la compañía que se hacen algunas aves para su defensa. Levanta el espíritu al conocimiento y amor de su Criador.

A cada paso hallamos muchas maneras de armas y defensas en los animales, en los cuales el Criador trazó muchas cosas semejantes á las nuestras; mas lo que en nosotros hace el arte imperfectamente, en ellos hace la naturaleza perfectamente. Llevan los mercaderes sus mercaderías por la mar á otras tierras, y para navegar seguros de los cosarios, llevan en su compañía una armada de gente de guerra que los defiende. Pues una cosa

semejante á esta, como Sant Ambrosio refiere (g), hacen las cigüeñas; las cuales en cierto tiempo del año ayuntadas en una compañía, caminan hácia la banda de Oriente con tan grande orden y concierto, como iria un ejército de soldados muy bien ordenado. Y porque en este camino no faltan peligros de otras aves enemigas, ordenó la divina Providencia que hubiese otras aves amigas que les fuesen fieles compañeras de su camino, y las ayudasen á defender, que es una gran compañía de grajas. Y esto se entiende ser así, porque en este tiempo desaparecen estas aves de la tierra, y cuando tornan, se ven las heridas que recibieron en la defensa de sus amigas. Pues ¿quién, veamos, las hizo tan constantes y tan fieles en esta defensa, y mas á costa de sus heridas y sangre? ¿Quién les puso leyes y penas si desamparasen la milicia? Pues ninguna dellas volvió las espaldas ni dejó la compañía. Aprendan pues de aquí los hombres las leyes de la hospitalidad. Aprendan de las aves la fidelidad y humanidad que se debe á los huéspedes, á los cuales ellas no niegan sus peligros. Mas nosotros por el contrario cerramos las puertas á quien las aves dan sus mismas vidas: lo dicho es de Ambrosio.

De las cigüeñas pasemos á las grullas, que tienen otra manera tan admirable para librarse de los peligros, que por ser tan sabida, ha quitado su debida admiracion á una cosa tan admirable, que á no ser tan notoria, á muchos pareciera increíble. Porque ¿quién pudiera creer que cuando van camino, y llegada la noche han de dormir y descansar, tiene un cargo de velar, para que las otras duerman seguras, y si se ofreciere algun peligro, las despierte con sus graznidos, para que se pongan en cobro? ¿Quién creyera que esta veladora (porque el sueño no la venza) tome una piedra en la mano, para que si por caso se durmiera, al caer de la piedra despierte? Y porque es razon que el trabajo se reparta por todas (pues el beneficio es comun de todas), cuando esta quiere reposar, despierta á otra con cierto graznido mas bajo, la cual sin quejarse que le cortaron el hilo del sueño, ni decir, por qué mas á mí que á cualquiera destas, succede en el oficio de la vela, y toma tambien su piedra en la mano, y hace fielmente el oficio de centinela el cuarto que le cabe.

Esta manera y con estas industrias proveyó el Criador á la seguridad destas aves. Mas ¿para qué fin esto? Arguyamos agora como arguye Sant Pablo sobre aquella ley en que Dios dice: No ates la boca al buey que trilla. ¿Por ventura, dice el Apóstol (h), tiene Dios cuidado de los bueyes? Claro está que esta ley no puso Dios por amor de los bueyes, sino por amor de los hombres. Pues así digo yo tambien: ¿por ventura tiene Dios cuidado de las grullas? Claro está que esta manera de providencia que tiene dellas, no es por ellas, sino por los hombres: porque con estas obras que tan claramente descubren ser él el autor dellas, les quiso dar á entender el cuidado de su providencia, y de aquellas tres virtudes que dijimos andar en su compañía, que son bondad, sabiduría y omnipotencia. Porque el conocimiento dellas es una de las cosas que mas mueve nuestros corazones á amar, temer, esperar, reverenciar y obedecer á tan gran majestad. En lo cual es mucho para sentir la ceguedad de nuestro corazón; porque andando nadando entre tantos avisos y beneficios de Dios, y entre tantas maravillas de sus obras, donde tan claramente se nos descubre, nó lo

(g) Lib. 5. cap. 15. (h) 1. Cor. 9.

conoscemos, ni reverenciamos en ellas (i). De manera que viendo no vemos, y entendiendo no entendemos, porque nos contentamos con ver solamente la corteza y apariencia de las cosas, sin inquirir el autor dellas. Y por no dar un paso mas adelante, dejamos de ver el Criador que está luego tras dellas. Pues ¿qué diré de tanta ceguera como esta? Diré que somos como los hijos de Israel (k) recién salidos de Egipto, á los cuales dijo Moyses, que habiendo visto tantos y tan extraños prodigios y milagros que Dios habia obrado por ellos, no habian tenido ojos para ver, ni oídos para oír, ni corazón para saber estimar y agradecer lo que Dios habia hecho por ellos. Lo cual pareció claramente, pues de ahí á pocos dias de la salida de Egipto fabricaron aquel becerro, y lo adoraron por Dios. Tales parece que somos tambien nosotros; pues andando cercados por una parte de tantos beneficios de Dios, y por otra de tantos testimonios de su bondad y providencia, estamos entre tantas voces de sus criaturas, sordos, y entre tantos resplandores de su gloria, ciegos, y entre tantos motivos de sus alabanzas (cuantas son las criaturas), mudos.

Lo que todos sabemos destas aves susodichas, con otras cosas semejantes de que aquí habemos tratado, hacen argumento de ser verdad otra cosa no ménos admirable, que refiere Francisco Patricio de Sena en su libro de República. Donde dice, que en el monte Tauro suelen andarse muchas águilas. Y porque una banda de ánsares, que son grandes graznadores, hacen por allí camino en cierto tiempo del año, para no ser sentidos de las águilas, provéense de remedio. Mas ¿qué remedio? Toma cada cual una piedra en la boca, y esta los necesita á guardar silencio todo aquel camino. Parece esto cosa increíble. Mas quien se acordare que hace esto mismo el erizo de la mar, cuando adivina la tormenta (como arriba dijimos), tampoco dejará de creer lo que estas aves hacen.

Otra cosa añadiré aquí, no sé si mas admirable que las pasadas, la cual refiere Plinio (l). Y la misma refiere Tulio en el primer libro de la Naturaleza de los Dioses, en el cual cuenta muchas cosas muy notables desta materia, pretendiendo declararnos por ellas la summa sabiduría del Hacedor. Dicen pues estos dos insignes autores, que hay una manera de concha en la mar, por nombre pina, en cuya compañía anda siempre un pececillo que se llama esquila, los cuales pescan y se mantienen de una extraña manera. Porque abre la concha sus puertas, en las cuales entran los pececillos que se hallan á par della, y como ella no ve, ni hace algun movimiento, créceles con esta seguridad la osadía, y así entran unos y otros á porfia. Entónces la espía (que es aquel pececillo que dijimos) muerde blandamente á la concha ciega, dándole aviso que ya está segura la pesquería. Luego ella cierra y aprieta sus puertas, y con esto mata los pececillos que habian entrado, y parte con el compañero la presa, y así se mantienen ambos. Pues ¿quién no alabaré aquí la divina Providencia, que desta manera proveyó de ojos ajenos á esta concha, y de mantenimiento á este pececillo, pagándole ella el trabajo de su servicio mas fielmente que los señores de agora pagan el de sus criados? Y quién no reconocerá aquí la infinita sabiduría del Criador, que tantas y tan extrañas maneras de habilidades supo inventar para mantener sus criaturas, testificándonos por todas ellas la grandeza de

(i) Psalm. 115. (k) Deut. 29. (l) Plin. lib. 9. cap. 42.

su gloria, para que como á tal la reverenciásemos y adorásemos?

Acabo este capítulo suplicando á nuestro Señor nos dé aquella prudencia de serpientes, que él nos encomendó en su Evangelio (*m*): las cuales viéndose maltratar y herir, esconden la cabeza con toda la astucia que pueden, y ofrecen el cuerpo á los golpes, poniendo á peligro lo que es ménos, por guardar lo mas; y así defienden su vida. ¡Oh si los hombres hiciesen lo mismo, cuando se encuentran provechos del cuerpo con daños del ánima, que quisiesen perder lo ménos por guardar lo mas, consintiendo ántes padecer detrimento en el cuerpo corruptible, que tienen comun con las bestias, que en el ánima inmortal, que tienen semejante á los ángeles! Y asimismo que ofreciéndose ocasion, ó de perder á Dios, ó de perder la hacienda, quisiesen mas perder cuanto el mundo puede dar, que perder aquel que solo vale mas que todo, y sin el cual toda abundancia es pobreza, y toda prosperidad extremada miseria.

Otra astucia tambien se cuenta desta bestia, y es, que proveyéndole el Criador cada año de un vestido nuevo, y siéndole necesario despedir el viejo, ayúdase desta industria para ello, que se cuela por un agujero estrecho para despedirlo de sí. En lo cual tambien se nos da documento que el que quisiere despedir de sí el hombre viejo, sujeto á los apetitos de la carne, sepa que le conviene entrar por la puerta estrecha de la mortificación de sus pasiones, y abrazar la cruz de la vida áspera y trabajosa; porque la naturaleza depravada, mayormente si está confirmada con la costumbre de muchos dias, no se puede vencer sino con grande dificultad: esto es, con ayunos, oraciones, vigiliass, sanctas lecciones, silencio, guarda de los sentidos, y uso de sacramentos, y otras cosas tales. Lo cual acabó con muchos hombres el Sancto Baptista, cuando saliendo del desierto espantó al mundo con la aspereza de su vida, y con el ejemplo de sus virtudes, y con el trueno de su predicacion, como lo testificó el Salvador cuando dijo (*n*): Dende los dias de Sant Juan Baptista el reino de los cielos padesce fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.

#### CAPITULO XVII.

De las habilidades y facultades que la divina Providencia dió á todos los animales para la criacion de sus hijos.

La cuarta cosa que nos conviene tratar (segun la division que al principio propusimos) es de las habilidades que el Criador dió á todos los animales para la criacion y defension de sus hijos. En lo cual no ménos, sino mucho mas, resplandescen la divina Providencia, que en todo lo que hasta aquí se ha dicho dellos. Porque las habilidades susodichas principalmente sirven para la conservacion de los individuos; mas lo que toca á la criacion de los hijos pertenece á la conservacion de la especie que los comprehende, que es mayor bien, pues precede el bien comun al particular; y la divina Providencia mas resplandescen en la gobernacion de las cosas mayores, que de las menores.

Pues la primera y principal cosa que ella para esto proveyó, fué un grande amor que los padres tienen á los hijos. Porque este les hace ayunar y trabajar por ellos, y ofrecerse á cualquier peligro, y aun á meterse por las lanzas por defenderlos. Y este mesmo amor hace que muchas aves, especialmente la gallina, que siem-

(*m*) Matt. 10. (*n*) Matt. 11.

pre huye del hombre, constante llegar á ella cuando está sobre los huevos, por no dejarlos enfriar. Verdad es que en los peces no hallamos este amor; porque tienen otra manera de multiplicarse y conservar su especie, que es desovando: para lo cual buscan lugares convenientes, donde esto puedan hacer mas cómodamente (*a*). Con todo esto Sant Ambrosio hace mencion de algunos peces que paren hijos: entre los cuales refiere una cosa digna de notar, y es que un cierto pece destos, viendo los hijuelos en algun peligro, abre la boca y encierralos dentro de sí, y pasado el peligro los vuelve tan enteros y sanos como la ballena que tragó á Jonas (*b*). Así que este amor de que hablamos, mas tiene lugar en los animales, y aun mucho mas en las aves, por la razon que arriba tocamos.

Con todo esto (como no haya regla sin excepcion), del avestruz dice el mismo Criador, hablando con el sancto Job (*c*), que carece deste amor, por estas palabras: Las plumas del avestruz son semejantes á las de un gavilan. Pues cuando esta ave deja sus huevos en la tierra, ¿serás tú poderoso como yo para calentarlos en el polvo y sacarlos á luz? No se le da nada que los huellen los piés del caminante, ó las bestias del campo los quiebren. Endurécense para con sus hijos como si no fuesen suyos; porque privó Dios esta ave de sabiduría, y no le dió inteligencia. Cuando es menester levanta las alas en alto, y hace burla del caballo y del caballero que va en él. Este ejemplo alegó el Criador para declarar mas el cuidado de su providencia. Porque cuando falta el amor y diligencia desta ave, él la toma á su cargo, y sin el beneficio y calor de la madre saca á luz los hijos que ella desamparó.

Semejante providencia á esta es la que tiene de los hijos de los cuervos recién nascidos. Porque como en este tiempo no les han aun nascido las plumas negras, el padre tiénelos por adulterinos, y así no los quiere mantener; porque no los reconoce por suyos hasta que los ve con plumas de su color. Pues en esta sazón la divina Providencia suple el oficio de padre y los mantiene. Lo cual tuvo el Profeta Real por tan grande argumento de la gloria de Dios, que la refiere entre las otras alabanzas suyas, diciendo (*d*): Que él es el que dá á las bestias su propio mantenimiento, y á los hijuelos de los cuervos que lo llaman.

Ni es menor providencia la que nos muestra en la criacion de los hijos del águila. De la cual cuentan algunos que enfadada del trabajo de la criacion dellos despide uno del nido. Mas aquel Señor que á nada falta, proveyó de otra ave, la cual toma á cargo la criacion de aquel noble hijo, hasta que él pueda volar y mantenerse por sí. Verdad es que Sant Ambrosio (*e*) no quiere conceder este desamor del águila, pues el Señor compara en la Escritura el amor que tiene á sus espirituales hijos con el que esta ave tiene á los suyos, por tanto dice que la causa deste desecho es otra cosa digna de admiracion; la cual es que hace mirar sus hijuelos al sol de hito en hito, y el que halla tan flaco de vista que no sufre la fuerza destos rayos, desecha del nido como inhábil y ajeno de la nobleza real del águila: enseñando por este ejemplo el Criador á los padres nobles, el poco caso que deben hacer de los hijos que escurecen con sus malas costumbres la nobleza de su linaje.

(*a*) Lib. 5. Hexamer. cap. 3. (*b*) Jonae. 2. (*c*) Job. 39. (*d*) Psal. 146. (*e*) Exam. lib. 5. cap. 18.

Tambien es notable la manera que el gavilan tiene de enseñar sus hijuelos á cazar. Despues que ellos están ya mas criados, y pueden servirse algun tanto de las alas, pónenles delante un pájaro medio peladas las alas, y ellos, aquejados de la hambre, van en pos dél; y esto hecho algunas veces, quedan ya habilitados para la caza cuando están vestidos de sus plumas.

#### §. I.

Prosigue la materia con un notable ejemplo de gratitud.

Y pues hecimos mencion del gavilan, no diré dél cosa nueva, sino muy sabida, mas poco ponderada y estimada de muchos. En las noches grandes y frias del invierno procura de cazar un pájaro, para tenerlo toda la noche en las uñas y calentarse con él. Ya esto es una providencia. Otra es, que amanesciendo él á la mañana con grande hambre (por haber sido la noche larga, y tener así él como todas las aves de rapiña, gran calor en el estómago, porque la hambre los haga cazar), teniendo el manjar en las uñas, no toca en él, sino suéltalo para que se vaya, por haber dél recibido aquel beneficio. Esta es otra providencia. La tercera es, que á la mañana, cuando va á buscar en que se cebe, no vuela por la banda que el pájaro voló, por no topar con él, sino por la contraria. Destas noblezas nació el comun proverbio que dice: Hidalgo como un gavilan; y como á tal lo libran las leyes reales de pagar pecho, ó portazgo, así á él como á toda su familia (que son todas las aves que vienen en su compañía), aunque él llegue ya muerto. Pregunto pues agora: ¿qué mas hiciera en materia semejante un hombre noble, virtuoso y agradecido? Pues todo esto hace un gavilan; aunque no él, sino quien lo crió con tales respetos y noblezas, el cual no contento con habernos enseñado por sus Escrituras la condicion de la verdadera nobleza, tambien nos la quiso declarar por el ejemplo desta ave; la cual, padesciendo hambre, y teniendo el manjar en las uñas, de tal manera corta por sí, que no quiere agraviar al pajarillo de quien recibió aquel beneficio. No llegó aquí la nobleza del emperador Octaviano, tan afamado entre todos los emperadores romanos, pues por tomar venganza de su enemigo, otorgó la cabeza de M. Tulio, de quien habia recibido toda la autoridad y dignidad que tenia. Gloriense pues agora mucho los que descenden de casta de reyes ó emperadores; porque ¿qué hermosura puede haber en las ramas del árbol donde la raíz está tan dañada? ¿qué claridad en los arroyos donde la misma fuente está tan turbia? Resta luego que la verdadera nobleza está con el temor de Dios; porque donde este mora no ha lugar tacañería ni vileza.

La coneja, cuando ha de parir, hace la cama blanda para que los hijos tiernos no se lastimen. Para lo cual, de mas de algunas pajuelas que pone debajo, pélese los pelos de la barriga para poner encima. Pues ¿qué mayor caridad maternal que esta? Y cuando sale á buscar de comer, de tal manera deja cubierta la boca de la madriguera, que no se pueda fácilmente echar de ver. El lobo, con ser insaciable, si la hembra muere, él cria los hijuelos, sacando del buche lo que él ha comido, y partiéndolo con ellos.

Mas volviendo al propósito de la criacion de los hijos, para esto sirve la fábrica de los nidos que hacen para criarlos; la cual es tan medida y proporcionada para este efecto, que á Quintiliano pareció esto una especie

é imagen de razon; mayormente considerando aquella camilla blanda que ponen encima del nido, para que los hijuelos recién nascidos y tiernos no se lastimen con la dureza del nido. Mas Aristóteles se espanta con mucha razon de la fábrica del nido de una golondrina. Y lo que bastó para poner admiracion á un tan grande filósofo, no basta para ponerla á nosotros, ó porque vemos esto cada dia, ó porque no tenemos ojos para saber mirar y ponderar las obras de Dios. Porque ¿quién pudiera creer si no lo viera, que un pajarillo tan pequeño hace un nido como de bóveda, arrimado á una pared, sin mas columnas que lo sustenten en el aire, y que mezcle pajas con el barro, para que fragüe la obra, como hacen los albañiles cuando envisten una pared para encalarla, y que demas desto busque algunas plumillas, ó otras cosas blandas, para que no se lastimen los hijuelos? Mas quiero que me digan agora los hombres que tienen razon, ¿qué medio podrá tener esta avecilla, cuando acertare á fabricar su nido en tierra donde no hay barro ni cieno alguno? De mí confieso que no lo pudiera inventar. Mas súpelo esta avecilla, porque la gobierna otro mayor entendimiento, que es el Criador; el cual le dió industria para hacer barro donde no lo hay. Porque para esto moja las alas en el agua, y revuélcase en el polvo, y desta manera hace barro; y con muchos caminos destos viene poco á poco á dar fin á su obra. La cual, como sabia, hace su nido dentro de nuestras casas, porque, como dice Sant Ambrosio (*f*), en este lugar tiene sus hijos mas seguros de las aves enemigas; y páganos el alquiler de las casas con su música y con servirnos de reloj para desperatar por la mañana. Mas así en esto como en todo lo demas que aquí se trata, conviene repetir aquella sentencia del Apóstol (*g*): ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes y de las golondrinas? Claro está que todo esto es querer él darse á conocer á los hombres, para ser adorado y reverenciado dellos. Porque quien tuviere ojos para notar, así la fábrica de los cuerpos de todos los animales, como las habilidades que tienen para su conservacion, verá claro que todas ellas predicán su sabiduría, y que cuantas son las criaturas, tantos son los testigos de su gloria.

#### §. II.

Especialísima providencia del Criador, y del matrimonio é industria de otros animales.

Pues no es cosa ménos admirable la que Sant Basilio y Sant Ambrosio (*h*) cuentan de una avecilla que se llama alcion. En la cual quiso el Criador mostrarnos mas á la clara la perfeccion de su providencia, y cómo en ninguna cosa falta. Para esto dió á esta avecilla una inclinacion de hacer su nido en el arena junto á la mar, y esto en medio del invierno. Pues ¿qué remedio para que no lo ahoguen las ondas de la mar cuando anda alterada? Alguno pudiera decir que se descuidó en esto la Providencia, pues dió inclinacion á esta ave que pusiese los huevos donde no podía conservarlos. Pues para que esto no se pudiese decir, ¿qué remedio? Hallólo el que lo podía dar, el cual, como señor de la mar, le puso mandamiento que dentro de catorce dias (conviene á saber, siete en que esta ave calienta los huevos, y otros siete en que los cria hasta que puedan volar) no se alterase ni levantase sus ondas; porque no se pudiese con verdad decir que faltaba un punto en la providencia de Dios.

(*f*) Exam. lib. 5. cap. 17. (*g*) 1. Cor. 9. (*h*) Eod. lib. cap. 13.